LA TROPOIDE

La depravación de las costumbres, la corrupción del corazón humano, los extravíos del espíritu del hombre, son textos tan rebatidos por nuestros rigoristas que diríase que el siglo actual es la abominación de la desolación; pues el lenguaje no suministra ninguna expresión enérgica que no prodiguen nuestros predicadores. A pesar de ello, si quiere echarse una mirada imparcial sobre los siglos pasados, sobre los mismos que se nos ofrecen como modelos, dudo que se echen de menos. Nuestras maneras y nuestras costumbres valen mucho más que las del pueblo de Dios, pongamos por caso, y no sé qué harían nuestros declamadores si viesen entre nosotros una corrupción tan asquerosa como la de los hermosos siglos de los patriarcas.

Concedo que las leyes de Moisés hayan sido sensatas, justas, bienhechoras; pero esas leyes asentadas en el Tabernáculo y cuyo objeto parece haber sido unir la sociedad de los hebreos entre sí por la socidad del hombre con Dios, prueban invenciblemente que ese pueblo elegido, querido, preferido, era mucho más averiado que cualquier otro, como demostraremos en el curso de este artículo.

Reflexiónese que todo es relativo. Ninguna empresa puede marchar según el espíritu de su institución, si

no es dirigida por la ley del deber, que no es otra cosa que el sentimiento de este deber. El verdadero resorte de la autoridad está en la opinión, en el corazón de sus súbditos, de donde se sigue que nada puede suplir á las costumbres en el mantenimiento del gobierno; sólo hay las gentes de bien que sepan administrar las leyes, pero sólo las personas honradas saben realmente obedecerlas, pues, aparte que es muy fácil eludirlas, aparte que aquellos para quienes son su conciencia están muy lejos de la virtud y aun de la probidad, el que resiste los remordimientos, sabe arrostrar también los suplicios, castigo mucho menos largo que el primero y al cual puede confiarse siempre en escapar. Pero cuando la esperanza de la impunidad basta para animar á contravenir á la ley, y cuando se siente satisfacción por haberla eludido, el interés general ya no es el de uno, y todos los intereses particulares convergen contra él; los vicios tienen entonces infinitamente más fuerza para burlar las leyes, que ésta para reprimir los vicios. Acábase por obedecer al legislador sólo en apariencia. Entonces las mejores leyes son las más funestas, pues si no existieran, serían un recurso al que aun podría echarse mano. ¡Débil recurso, sin embargo! Pues las leyes más multiplicadas son las más despreciadas, y sus nuevos guardadores se convierten en otros tantos infractores.

La influencia de las leyes es, pues, siempre proporcional á la de las costumbres; es ésta una verdad conocida é incontestable; pero esta palabra *costumbre* es muy vaga y exige una definición.

Las costumbres son y deben ser muy variables según los países, y absolutamente relativas al espíritu nacional y á la naturaleza del gobierno. También influye mucho en ellas el carácter de los administradores, y en este respecto hay que considerarlas. Si el precio de la virtud, por ejemplo, es el bandidaje; si los hombres viles tienen crédito, si las dignidades están prostituídas, el poder absorbido por sus dispensadores, los honores deshonrados, es indudable que el contagio se extenderá todos los días, que el pueblo exclamará gimiendo: *Mis males proceden de quienes yo pago para que me guarden de ellos;* y que para hacerse insensible, se precipitará en la corrupción que por doquiera se provocará para ahogar sus murmullos.

Si, por el contrario, los depositarios de la autoridad desdeñan el tenebroso arte de la corrupción, no esperan sus éxitos más que de sus esfuerzos, y el favor público de sus éxitos, serán buenas sus costumbres, y suplirán el genio del jefe; pues cuantos más resortes tiene el *espíritu público*, menos necesarios son los talentos. La misma ambición es más cortejada por el deber que por la usurpación, y el pueblo, convencido de que sus jefes sólo trabajan por su bienestar, les procura con su docilidad en el trabajo el afianzamiento en el poder.

He dicho que las costumbres debieran ser relativas á la naturaleza del gobierno; desde este punto de vista hay que juzgar aún. En efecto, en una república que no pueda subsistir más que por la economía, debe dominar la sencillez, la frugalidad, la tolerancia, el espíritu de orden, de interés, hasta de avaricia, y el Estado estará en peligro cuando el lujo corrompa las costumbres.

En una monarquía limitada, por el contrario, la libertad sería considerada como un bien tan grande y siempre tan amenazado, que toda guerra, toda operación emprendida para sostenerla, para defender ó extender la gloria nacional, apenas encontrará opositores. El pueblo será bravo, generoso, porfiado, y ni el desarreglo ni el lujo desenfrenados enervarán el espíritu público.

En una monarquía muy absoluta, que sería el más severo, el más completo de los despotismos, si el bello

sexo no diera en ella el tono, la galantería, el gusto de todos los placeres, de todas las frivolidades, es muy natural y sin peligro para el carácter nacional que las vagas declamaciones sobre esas imperfecciones morales estén vacías de sentido.

Esto sentado, examinemos rápidamente si nuestras costumbres y algunos de nuestros usos, comparados con los de varios grandes pueblos, deben parecer tan detestables.

Desde la primera ojeada se ve en el *Levítico*, hasta qué extremo estaba corrompido el pueblo de Dios. Sabido es que la palabra *Levítico* viene de *Levi*, nombre de la tribu separada de las otras como consagrada especialmente al culto; de allí salieron los levitas ó sacerdotes, y el ropaje actual que lleva este nombre, sin ser un monumento muy auténtico de nuestra piedad. Moisés trata en aquel libro de las consagraciones, de los sacrificios, de la impureza del pueblo, del culto, de los votos, etc.

Haré observar de paso que la forma de consagración entre los hebreos era muy singular. Moisés hizo á su hermano Aarón gran sacerdote. A tal efecto, degolló un cordero, mojó su dedo en la sangre y le puso en el extremo de la oreja derecha de Aarón y en sus pulgares derechos. Si se viera hoy día al cardenal de Rohan consagrar en la capilla al obispo de Senlis y ponerle con el dedo sangre caliente en el extremo de la oreja (*Lev.*, cap. VIII, v. 24), no podría menos que recordarse el grabado del abate Dubois bajo la Regencia; veíasele de rodillas á los pies de una muchacha que se untaba con ese puerco derrame que aflige á las mujeres todos los meses, y con él teñir de rojo el solideo y hacerle cardenal.

Todo el capítulo XV del *Levítico* versa exclusivamente sobre la gonorrea, á la cual estaban muy sujetos los hebreos. La gonorrea y la lepra no eran sus menos desagradables inmpurezas: tenían muchas reales para crearlas imaginarias. Por ejemplo, una mujer era más impura por haber echado al mundo una niña en vez de un niño (*Lev.*, cap. VII, v. 5). He ahí una cosa singular tan irracional como estrambótica.

Los hebreos fornicaban con los demonios en forma de cabras (*Lev.*, cap. XVII, v. 7); esos demonios mal enseñados usaban en aquella ocasión una fea metamorfosis.

Un hijo se acostaba con su madre (*Lev.*, cap. XVIII, v. 7), punto al cual aun no hemos llevado nosotros el amor filial. Un hermano veía sin escrúpulo á su hermana en la mayor intimidad (*Lev.*, cap. XVIII, v. 9).

Un abuelo cohabitaba con su nieta (*Lev.*, cap. XVIII, v. 10), cosa que no era muy anacreóntica.

Cohabitábase con la tía, la nuera, la cuñada: todo eso era *peccata minuta;* gozábase, en fin, de la propia hija (*Lev.*, cap. XVIII, v. 12, 15, 16 y 17).

Los hombres se masturbaban delante de la estatua de Moloch (*Lev.*, v. 13: «*De sémine tuo non dabis idolo Moloch*,» y cap. XX, v. 3: «*Quia polluérit sanctuárium.*») Y no encontrándose el semen inanimado digno de la estatua, se acabó por ofrecérsele el hijo recién nacido.

Los hombres servíanse de las mujeres como los pajes del Regente (*Lev.*, cap. XXIII, v. 22: «*Cum masculo coitu fæmineo.*»)

Cohabitábase con toda clase de bestias (*Lev.*, v. 3: «*Omni pecore;*») y el bello sexo procurábase gusto con los asnos, mulos, etc. (*Lev.*, «*Mulier jumento.*») Y sabido es que en la Santa Escritura *jumentum* quiere decir *bestias de ayuda: adjuvantes;* de donde procede la palabra jumento). Lo cual era tanto peor cuanto habíase formado la tribu de los sacerdotes para que interesaran á las mujeres mal provistas. No podían ser levitas los cojos, los jorobados, los legañosos, los que tenían la nariz tor-

cida ó pequeña: era preciso tener una hermosa nariz (*Lev.*, cap. XXI, v. 18.)

Basta esta muestra para saber cuáles eran las costumbres del pueblo de Dios, que no pueden comparase en modo alguno con las nuestras. Después de un esbozo que podría llevarse aún más lejos, me parece que no hay por qué gritar tanto acerca de lo que pasa en nuestros días.

Los despreocupados no son menos exagerados, hablando de nuestras costumbres supersticiosas, que los predicadores recriminando nuestros vicios. Tenemos la gran ventaja de no haber sido superados por ninguna nación en los furores del fanatismo: pero los delirios de la superstición han sido mucho más exagerados en otras religiones.

Entre nosotros no se ven contemplativos que esperen en un lienzo que la luz celeste invista su alma. No se ven energúmenos prosternados que se golpean la frente contra el suelo para que surja de él la abundancia; penitentes inmóviles y mudos como la estatua ante la cual se humillan. No se ve ostentar lo que el pudor oculta, á pretexto de que Dios no enrojece de su imagen, ó cubrirse con un velo la cara, como si el obrero tuviese horror de la obra; no volvemos la espalda al medio día, á causa del viento del demonio; no extendemos los brazos al oriente para descubrir en él la faz radiante de la Divinidad; no vemos tampoco, al menos en público, muchachas que ajan con sus llantos sus inocentes gracias para calmar la concupiscencia por medios que á menudo la provocan, mientras otras ostentan sus más secretos encantos, esperan y solicitan, en la postura más voluptuosa, los encuentros carnales de la Divinidad; adolescentes que, para amortiguar sus sentidos, se atan á las partes naturales un anillo proporcionado á sus fuerzas; algunos que refrenan la tentación por medio de la operación de Orígenes, y cuelgan en el altar los despojos de este horrible sacrificio... En verdad, estamos muy lejos de todos esos desvaríos.

¿Qué dirían nuestros charlatanes, si bosques sagrados plantados junto á nuestras iglesias como alrededor de sus templos, fueran teatro de todas las obscenidades? ¿Si se obligara á las mujeres á prostituirse, al menos una vez, en honor de la Divinidad? Y júzguese si la devoción natural en el bello sexo le permitía en aquellos tiempos detenerse en lo indicado.

San Agustín relata en su *Ciudad de Dios* (lib VI, capítulo IX), que se veían en el Capitolio mujeres que se consagraban á los placeres de la Divinidad y de la cual quedaban ordinariamente en cinta; es posible que entre nosotros más de un clérigo oficie en más de un altar, pero al menos no se disfraza de Dios. El ilustre Padre de la Iglesia que acabo de citar, añade, en la misma obra, varios detalles que prueban que si la religión encubre entre los modernos muchas seducciones, el culto de los antiguos no era mucho más decente que el nuestro. En Italia, dice, y, sobre todo, en Lavinium, en las fiestas de Baco, llevábanse en procesión miembros viriles, sobre los cuales colocaba una corona la matrona más respetable. Las fiestas de Isis no eran más decentes.

San Agustín da en el mismo lugar una larga enumeración de las divinidades que presidían el matrimonio. Cuando la joven se había comprometido, las matronas la conducían ante el dios Príapo, cuyas propiedades sobrenaturales son ya conocidas; hacían sentar á la joven casada en el miembro enorme del dios, y una vez en él, se le quitaba el ceñidor y se invocaba á la diosa *Virginientis*. El dios *Subigus* sometía á la muchacha á los transportes del marido. La diosa *Prema* la mantenía debajo de él para impedir que se meneara demasiado. (Como se ve, todo estaba previsto, y las jóvenes romanas iban muy bien provistas.) En fin, venía la diosa

Periunda, palabra que procede de Perforadora, cuya labor, dice San Agustín, era abrir al hombre el camino de la voluptuosidad. Afortunadamente esta operación confiábase á una divinidad hembra, pues, según observa muy juiciosamente el obispo de Hipona, el marido no hubiera sufrido con muy buen gusto que se le prestara un servicio y se le ayudara en un punto donde la ayuda no hace falta.

¿Qué tal? ¿Son nuestras costumbres más decentes que aquéllas? ¿Por qué exagerar nuestros defectos y nuestras debilidades? ¿Por qué llevar el terror al alma de las jovencitas y la desconfianza á la de los maridos? ¿No es preerible dulcificarlo y conciliarlo todo? ¡No son poco acomodadizos esos buenos casuístas! Leed, entre tantos, al jesuíta Filliutius, que ha discutido con extrema sagacidad hasta qué punto pueden llegar los contactos voluptuosos sin ser criminales. Decide, por ejemplo, que un marido tiene mucha menos razón para quejarse cuando su mujer se abandona á un extraño de una manera contraria á la naturleza, que cuando comete sencillamente con él un adulterio, y hace el pecado como Dios manda: «Porque, dice Filliutius, del primer modo no se toca el vaso legítimo, sobre el cual únicamente tiene el marido derechos exclusivos...» ¡Un espíritu pacífico es un preciado don del cielo!

LA THALABA

Uno de los más bellos monumentos de la sabiduría de los antiguos, es su gimnástica. En esto especialmente parece que fueron más partidarios de prevenir que de castigar. ¡Gran ciencia su política! Los atenienses decían que los enemigos son para castigar los crímenes, los ciudadanos para conservar las costumbres. De aquí dimana la atención previsora y saludable acerca de la educación de la juventud. La primera explosión de las pasiones y su fuga producen á esa edad impetuosa las más fuertes sacudidas; requiere una educación viril, pero cuya aspereza sea dulcificada por ciertos placeres análogos al gran objeto de la formación de los hombres. En su virtud, no hay sino los ejercicios corporales donde se encuentre esa unión perfecta de trabajo y de goce, cuya parte constante ocupa, alegra, fortifica el cuerpo y por consiguiente el alma.

En los países en que las fortunas son muy desiguales, las últimas clases de la sociedad vense siempre harto estimuladas por la necesidad para no temer la modorra de la holganza y la molicie, que es su consecuencia. De ellas son presa los ricos casi inevitablemente, si una institución universal y pública no les somete á una educación activa, que sea un foco continuo de emulación y un dique contra quien en la riqueza, su disfrute y sus